



PAZ MORENO FELIU

En el corazón de la zona gris. Una lectura etnográfica de los campos de Auschwitz.

AÑO: 2010

ISBN: 978-84-9879-118-1

PÁGINAS: 255

MADRID: Editorial Trotta

ALEXIS DEL CASTILLO

Reseña

Más de medio siglo después, puede sorprender que aún queden cuestiones por tratar acerca del Holocausto. Evidentemente, tenemos la necesidad de recordar el pasado para aprender a construir el presente. Pero además, cabe señalar que hasta hace algo más de una década en España no existía ninguna “cultura del Holocausto”, ni voluntad política y social alguna de memoria con respecto a aquel periodo de la historia europea. Recién acabada la Segunda Guerra Mundial, las noticias sobre los horrores ocurridos en los campos de concentración apenas traspasaron los Pirineos. Y posteriormente se trató el tema como un asunto “de judíos y alemanes”, probablemente porque interesarse por el fenómeno implicaba abrir interrogantes sobre nuestra propia historia (Baer, 2006).

Las investigaciones sobre el Holocausto se han visto atravesadas por una tensión parecida a la que está presente en las memorias de los supervivientes que poco a poco se fueron publicando después del fin del nazismo: aquella que se sitúa entre la necesidad de recordar y la de olvidar “lo inasumible”. Se trataría en el caso de las ciencias sociales de recordar para comprender el modo en que tuvo lugar lo injustificable.

Como bien subraya Paz Moreno Feliu, los trabajos centrados en

el tema se han guiado por tendencias extra-académicas, es decir, que la evolución del contexto socio-histórico posterior al nazismo y la “mirada social” respecto a estos acontecimientos han ido condicionando en gran medida las preocupaciones científicas. De este modo, en un primer momento y en paralelo con los procesos de Núremberg, el interés se centró en comprender el aparato logístico y los mandos que hicieron posible la máquina de exterminio puesta en marcha por los nazis. No sería hasta los años setenta cuando los académicos empezarían a interesarse por las víctimas, en paralelo con las políticas de memoria histórica que se llevaban a cabo. En este sentido, la autora señala que la posición de la víctima en la arena pública se ha ido transformando radicalmente a lo largo del tiempo: “de un sospechoso (o casi) en la primera época a un heroico superviviente en la nuestra” (p. 31).

A partir del análisis de memorias de supervivientes (principalmente), la presente investigación se centra en las condiciones de vida de las víctimas, tratando de presentar un modelo teórico acerca de la supervivencia en el “día a día” de los campos de concentración/trabajo/exterminio; concretamente en Auschwitz. Como señala Moreno Feliu, conviene ser prudentes a la hora de equiparar lo que en los diferentes campos tuvo lugar pues cada uno responde a un contexto geográfico y socio-histórico así como a objetivos diversos de los nazis, objetivos que a su vez fueron variando con el transcurso de la guerra.

Hay una cuestión que atraviesa este trabajo y que no puede dejar de interpelar al antropólogo(a) o al lector(a): la metodología de investigación. La autora obtiene sus datos de fuentes escritas, lo cual no deja de ser problemático para el antropólogo acostumbrado al análisis de lo presente y, por tanto, de lo que aún perdura. Como la propia autora señala, esta opción presenta numerosas complicaciones que requieren una constante vigilancia a la hora de usar los datos. Estas complicaciones tienen que ver con la voz narrativa, la estructura, las formas discursivas adoptadas por el/la autor(a) de las memorias o el tipo de coherencia que presenta el relato ya sea a través de la narración cronológica o a través de otras formas, así como con el hecho de que un escrito sea una restitución de experiencias pasadas elaborada desde el presente. Todo ello exige un análisis detallado de los datos discursivos.

La autora acierta al hacer un uso inductivo de las fuentes escritas y al problematizar determinadas cuestiones a partir de las temáticas y situaciones que se le van imponiendo como investigadora (debido a su repetición en numerosas memorias), y que son ilustrativas por ello de la “vida” en el campo. La autora pone en relación las vivencias narradas por sus

protagonistas con cuestiones más generales de la disciplina antropológica. De este modo salen a la palestra temas como el don y su reciprocidad o los ritos de paso. En efecto, la entrada en el campo traía consigo una cierta desocialización, lo cual suponía en alguna medida un rito de paso, un momento de demarcación irreversible entre un antes y un después, dando lugar a una potencial negación de la persona. Con respecto al “don”, en los campos surgió un término, “organizar”, “*organisieren*” en alemán, que todo el mundo usaba independientemente de su lengua de origen y que significaba “procurar, obtener, tomar prestado, robar”, es decir todo y nada. Esta “organización” representaba un elemento esencial para la supervivencia. En un universo en el que, valga como ejemplo, existía la obligación de ir afeitado a pesar de estar prohibida la posesión de objetos personales, incluida la de las navajas de afeitar, la facilidad que tuviese uno para “organizarse” era determinante. Esto planteaba, evidentemente, problemas respecto al referente moral generalmente admitido del don, esto es, de la obligación de dar, recibir y devolver.

En esta monografía también se trata la cuestión del tiempo, o más bien de su ausencia: el “interminable anonimato del tiempo” (p. 92) con el que era imposible romper pues no se podía medir ni por tanto racionalizar. De este modo se perdía un referente regulador básico y crucial de las relaciones sociales del día a día. Además, no se disponía de una referencia temporal a largo plazo pues no se trataba de una pena con un tiempo limitado, con un fin programado: ninguna fecha representaba una referencia futura del fin de la tortura. Sencillamente, “se estaba ahí”, lo cual desde un punto de vista subjetivo está lejos de ser irrelevante.

La autora dedica un capítulo a las jerarquías dentro del campo mostrando el modo en el que el ejercicio del poder se producía también entre los prisioneros. En efecto, las relaciones sociales jerárquicas se construían en base al contexto en el que se había ido forjando Auschwitz, la utilidad de las capacidades de los prisioneros dentro del campo, la antigüedad de cada preso y la diferenciación social y racial. Cabe señalar que la diferenciación social y racial establecida por los nazis se articula e integra con la elaborada por los prisioneros de diferentes orígenes. Se superponían así diferenciaciones de estatus que se traducían en poder, tráfico de influencias, acceso a los recursos -“organización”- es decir, en las condiciones necesarias para la supervivencia. De este modo, los primeros prisioneros llegados al campo fueron presos comunes y se hicieron con los puestos de «kapos». Dirigían los diferentes comandos de trabajo y tenían el poder de matar. Se pone así de relieve la complejidad del entramado social de Auschwitz que, como dice la autora, no hay que olvidar que estaba

compuesto por miles de personas de países y contextos socio-culturales diferentes en unas circunstancias extraordinarias y terribles.

El estudio acaba con un interesante análisis de dos historias sobre sucesos protagonizados por presos convertidos en héroes debido a su comportamiento y a sus actos. Las narraciones de los supervivientes presentan diferentes relatos más o menos idealizados de los mismos hechos. A veces aparecen relatos antagónicos, hasta el punto de que se podrían considerar mitos o leyendas. En todo caso, el contraste entre la carga estético-emotiva implícita generalmente en las diferentes versiones y la terrible realidad descrita por los mismos supervivientes, permite al lector(a) percibir con mayor claridad el alcance de lo que allí aconteció.

La “experiencia concentracionaria”, por retomar la expresión de Pollack (1990), se hace difícil de reintegrar o asimilar en el continuum vital para aquellos que sobrevivieron, como lo demuestra esa doble voz presente, según la autora, en la mayoría de las memorias. Una que narra desde el presente de la escritura y por ello de acuerdo a la “normalidad” de sus condiciones de vida presentes. La otra que se sitúa en el “tiempo Auschwitz” (p. 100), de acuerdo a las condiciones de vida en los campos, es decir, a la ausencia de moralidad o a la “suspensión de la moralidad” (p. 109) por las que éstas se caracterizaban. Siguiendo a la autora, se trata de dos voces imposibles de unificar pues lo que en Auschwitz tuvo lugar es imposible de asimilar desde el “yo” que escribe en el presente, tanto para sí-mismo como para el/la lector(a) potencial y que no estuvo en los campos: es la manera que encuentran los supervivientes para narrar lo indecible. No obstante, hubiese sido de interés para el/la lector(a) extenderse sobre este punto y tratar precisamente los recursos narrativos o formales a través de los cuales los(a) autores de las memorias “(no) resuelven” esa tensión.

Se echa en falta acceder a un tratamiento de las memorias no únicamente como fuentes de información directa sobre la vida en los campos sino como discursos que encierran toda una serie de relaciones subjetivas, de consideraciones y valoraciones personales a veces contradictorias que pueden coincidir en mayor o menor medida con las de otras memorias y que nos dicen mucho acerca de las personas que las escribieron. Este trabajo de reflexión ha sido sin duda hecho por la autora pero –a pesar de no ser el objeto central de esta investigación- hubiese sido conveniente para el/la lector(a) poder acceder a él de manera más sistemática.

Siguiendo con lo anterior, considero necesaria una mayor contextualización en el uso de los datos citados. Es decir, más allá de mencionarlo en el primer capítulo, hubiese sido importante ir insertando a lo largo de

su demostración los contextos de escritura o publicación de las memorias, pues en definitiva la autora trata de dar cuenta o de presentar un modelo de las dinámicas sociales del campo sin ceñirse a un grupo de víctimas en concreto, aislable por unas supuestas características objetivas. Esto le permite no entrar en la “competición entre las víctimas”¹ (p. 31) a la hora de hilar su trabajo, pero no justifica, al contrario, que no se restituyan los contextos personales, de escritura y publicación de las memorias que va citando, que son muchas (lo cual es positivo).

Dicho esto, este trabajo presenta la virtud de levantar, desde un abordaje analítico y comprensivo, numerosas cuestiones de interés acerca de lo que fue el campo de Auschwitz y de sus implicaciones. Además, como decíamos en la introducción, la falta de trabajos sobre el Holocausto en España era un vacío que urgía colmar.

Bibliografía:

Baer A. (2006): *Holocausto. Recuerdo y representación*, Madrid, Editorial Losada.

Pollack M. (1990): *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, Paris, Métailié.

1. Expresión con la que se hace referencia a una época ya posterior en las que las políticas públicas de memoria tendían a recompensar a las víctimas o a los diferentes “grupos” a los que pertenecían por lo que hubiesen sufrido, despertando así una competición comprensible pero absurda entre ellas, puesto que les obligaba a tener que legitimar su sufrimiento, o mejor dicho, su “mayor sufrimiento”.